

LA IGLESIA QUE NACE DEL PUEBLO POR EL ESPIRITU


Hasta qué punto la Iglesia actual más visible y aparente, a pesar de sus últimos esfuerzos, ha sido y en parte es una Iglesia configurada a espaldas del pueblo es algo de lo que uno no puede percatarse si es que no se está de parte del pueblo, formando parte con él de un modo o de otro. Las graves consecuencias de este hecho, no sólo respecto de lo que el pueblo recibe de la Iglesia sino respecto de la constitución y de la misión de la propia Iglesia, están ahí para quien quiera examinarlas de nuevo desde la realidad del pueblo mismo. No vamos a insistir en ellas pues son lo suficientemente claras y llamativas y han sido una y otra vez puestas de relieve no sólo por presuntos enemigos de la fe o de la Iglesia sino muy enérgicamente por hombres de Iglesia, por santos, a lo largo de toda la historia.

Claro que uno puede preguntarse por qué va a ser el pueblo el lugar adecuado para la valoración de lo que debe ser la Iglesia. ¿No lo será más bien la palabra de Dios? ¿No lo será incluso la propia Iglesia en lo que es realmente con su jerarquía y su magisterio, que se autoproclaman asistidos especialmente por el Espíritu de Cristo? Responder a estas cuestiones nos obliga a plantear un tema, aparentemente introductorio, que se haga problema del lugar adecuado o, mejor, del lugar más apto para la interpretación de la fe y de la praxis cristiana. Si la respuesta es de un modo o de otro -modo que habrá de determinarse ulteriormente- el pueblo, habremos avanzado mucho para responder y para ~~añadir~~ ~~añadir~~ la tesis principal de este artículo. Que esto no sea un ~~apriorismo~~ ~~apriorismo~~ ni lleve a un círculo vicioso se verá en el tratamiento mismo del artículo, a pesar de los límites ~~metodológicos~~ ~~metodológicos~~ de fondo y de forma a

los que se ve forzado(1). Ya el hecho masivo y permanente de la preferencia, al menos verbal, de la Iglesia por los más desfavorecidos, aun en los casos en que su apuesta por ellos era sustancialmente negativa, nos indica, tal vez por el camino de la mala conciencia, lo imprescindible que es para la fe cristiana la vuelta al pobre para que dé de sí su mayor fuerza.

1. El lugar más apto de la lectura y de la praxis de la fe

El problema del lugar más apto de la lectura y de la praxis de la fe se plantea desde el momento en que surge la sospecha de que el lugar desde donde se interpreta y se realiza algo es fundamental para el resultado de la interpretación y de la realización, y de que ~~que~~ esa fundamentalidad no es inmediatamente percibida como tal, de suerte que ~~sin caer en la cuenta~~, esto es, de forma más o menos "inconstante" se está poniendo en el objeto del estudio o de la praxis los intereses no confesados, que responden a la instalación en un lugar determinado. Si esto es así en toda interpretación y realización de alguna importancia vital, lo es de modo singular en la interpretación de la fe y en su praxis, que tan de lle- no toca a la totalidad de la vida y a sus intereses más profundos. Y esto es válido tanto para los individuos como para el grupo social, aunque el mecanismo y los efectos sean diversos en un caso y en otro.



De este problema se pretende salir por el recurso a la ciencia, por el recurso a un análisis teórico, que se autoproclama como inmune a toda proclividad ideológica. No vamos a entrar en la discusión de este problema. Puede aceptarse que un análisis estrictamente científico es útil y aun imprescindible para hacer una lectura

no (mal) interesada. Pero no es suficiente. Y lo es menos en casos como el de la fe cristiana, que por su propia definición real tiene características para las que el llamado análisis científico no tiene adecuación completa. Y esto no porque la fe sea cosa de sentimiento o se refiera a realidades en modo alguno comprobables (ni validables ni falsables), sino porque esta fe dice relación esencial a una praxis, sin la que es incomprendible. La plenitud de la fe no se alcanza sin una precisa praxis, apuntada en esa misma fe, y esta praxis exige una determinada "colocación" comprometida, esto es, un lugar bien preciso. Así como no tiene sentido real hablar de olores a alguien que carezca del ~~sentido del~~ olfato, carece de sentido real hablar de la fe cristiana a alguien, no que carezca de fe sino ~~a~~ ~~alguien~~ que esté empeñado ^{en} a pecar contra la luz, porque decide no situarse allí donde se da la luz.


Esto no implica que la praxis cristiana se evada de cualquier crítica no cristiana. Y no lo implica, en primer lugar, porque esa praxis cristiana tiene una vertiente mundana que la significa y que, como tal, está sujeta a toda crítica; en segundo lugar, porque como praxis cristiana se presenta con frecuencia algo que no es sino praxis mundana recubierta de ornamentación cristiana; y en tercer lugar, porque es muy posible que la crítica provenga de un lugar cristiano más o menos implícito pues surge de una exigencia real, a la cual pretendería responder la fe cristiana. Por poner ejemplos correlativos a las tres razones: el poder de la fe toma formas de poder mundano (no siempre mundanizado), la conformación mundanizada de lo que es servicio en la Iglesia, la necesidad de que los pobres sean liberados. Por las tres razones y en los tres casos está plenamente justificada una crítica de la praxis cristiana, aun por aquellos que



se confiesan como no cristianos.

Lo que sí implica es que la ^{totalidad} ~~totalidad~~ de la fe cristiana y, por tanto, la posibilidad plena de crítica recuperadora sólo es posible desde un determinado lugar. ¿Qué lugar? Esa es nuestra cuestión.

La respuesta tiene que ver con el pueblo. Ante todo, porque es al pueblo al que va dirigido el mensaje de salvación y porque el mensaje de salvación es necesariamente un mensaje de liberación. Ambas caracterizaciones son, por lo pronto, necesarias, porque pueblo es aquí no cualquier conjunto de hombres sino aquel conjunto o comunidad, que necesita y quiere ser liberada. Pueblo, en definitiva, es aquella comunidad de hombres que ha sido elegida por Dios como especial morada suya y que, por habitar de modo especial en ella el Espíritu de Jesús, tiene la misión de anunciar y realizar la salvación. El llamar, sin embargo, a este pueblo "pueblo de Dios" puede llevar a confusiones según la terminología usual, porque el pueblo de Dios no es pueblo en contraposición a los jefes que pretenden mandarle y dirigirle, sino que es pueblo en contraposición a quienes le impiden realizar su condición de hijos de Dios; no es, por tanto, pueblo un concepto intra-ecclesial sino que su polo opuesto desde el que se entiende se sitúa en la estructuración misma del mundo y de la historia.



En segundo lugar, donde es más realizable y alcanza su sentido más completo el mensaje de salvación es en lo que aquí llamamos pueblo. Y esto no tanto por condiciones del pueblo mismo sino por elección de Dios, según aquello tan "mariano": "su brazo interviene con fuerza, desbarata los planes de los arrogantes, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, a los hambrientos los

alma de bienes y a los ricos despié de vacío" (Lc., 1, 51-53). Lo cual no significa que pueblo implique pasividad en el sentido de que nada pueda hacer de por sí y haya de esperar todo de fuera de sí sino en el sentido de que lo hecho por él está hecho sin arrogancia, en el nombre y en el seguimiento de quien dió su vida por los hombres. Este pueblo, precisamente porque no es arrogante, porque no es poderoso, porque no es de ricos, es quien recibe de lleno la bienaventuranza de Jesús, es quien recibe primariamente y en su totalidad la buena nueva: "el Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres. Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar el año de gracia del Señor" (Lc. 4, 18-19; Is. 61,1-2). De suerte que los demás hombres han de hacerse como uno de estos para que puedan comprender el don de Dios y pueda fructificar en ellos.

En tercer lugar, porque el sentido mismo de la salvación cristiana aparece como respuesta a la necesidad doliente, de quien en su sufrimiento desvela la gravedad del pecado, que le oprime. Y esta es la novedad de la fe cristiana como diferente a lo que buscan las "religiones", convertidas en partes estructurales del todo social. Estas religiones, así constituidas en elementos favorecedores de un sistema social injustamente configurado, puede que pretendan ser suavizadores del engranaje social, pero en el mejor de los casos el pueblo es para ellas, como para el resto de las instancias de poder, un objeto de misericordia o de condescendencia y no un sujeto primario de iniciativa. Al contrario, en la fe cristiana -y ese es uno de sus radicales momentos subversivos- el pueblo



es el protagonista de la acción creyente, es el primero porque en el banquete del mundo le colocaron el último.

Finalmente, sólo cuando los creyentes todos configuren sus vidas por lo que es la necesidad real de estos primeros del Reino, alcanzarán la salvación y harán que la salvación ofrecida por Dios a los hombres en Jesús se pueda convertir en luz de las naciones y en sal de la tierra. De lo contrario será luz ~~■~~ bajo el celémín y sal ya sin sabor, que no sirve más que para ser arrojada. El valor universal de la salvación cristiana no estriba en que ~~la~~ salvación caiga unívocamente sobre todos los hombres, sino en que todos los hombres son llamados a convertirse, esto es, a volverse a aquel lugar que, por un lado, más necesita de redención -pues su situación es en gran parte resultado del pecado del mundo-, pero que, por otro, más carece de culpa y es mejor vista por Dios. En este ponerse al servicio de las demandas de este pueblo oprimido estriba la posibilidad de salvación de todos los hombres, porque este servicio exigirá, por una parte, el dejar toda forma directa o indirecta de opresión y, por otra parte, abrirá un campo sin límites al mandato del amor y del servicio.

Todo ello muestra que el lugar de interpretación y de praxis de la fe cristiana sea el pueblo, que sólo así entendido, es el verdadero pueblo de Dios. Con ello hemos avanzado mucho para entender lo que es una Iglesia, ~~como pueblo de~~ nacida por el Espíritu del pueblo. Es del pueblo, así entendido, de donde debe nacer la Iglesia nueva, ~~esto~~, es, la Iglesia de la fe, no configurada decisivamente por las instancias dominantes de este mundo. Pero para que esto sea así, el nacimiento debe ser en el Espíritu y por



el Espíritu. ¿Qué es este nacimiento por el Espíritu? ¿Qué o quién es este Espíritu?

2. El pueblo con Espíritu

El pueblo no se basta a sí mismo. Por muy fuerte y poco popular que pueda parecer esta afirmación, es difícil contradecirla. El conjunto de los oprimidos, si no es más que eso, no es lugar adecuado ni de salvación cristiana ni de liberación humana. Esto no significa necesariamente que lo que le falta haya de venirle desde "fuera" de sí mismo, como si hubieran de ser sujetos, distintos del pueblo, los que han de constituir al pueblo en pueblo salvador y liberador. Lo que significa es que se requiere algo, que vaya más allá de la pura conjunción de desgracias y sufrimientos. Los marxistas, por ejemplo, han dicho que no hay clase sin "conciencia" de clase, por muy cuestionable que pueda ser el modo prescrito para adquirir esa conciencia y por muy fuera del pueblo que pueda situarse esa conciencia. No es nuestro tema aquí y sólo se aporta esa referencia como apunte introductorio a lo que nos interesa: el pueblo necesita de alguna "espiritualización" para convertirse realmente en pueblo salvador y liberador.

Pero una distinción debe hacerse inmediatamente. No hablamos aquí del pueblo como unidad política que, por medios políticos, formalmente políticos, lucha por su liberación. Esa es una tarea indispensable y si él no la emprende, nunca se la van a regalar. Pero es otro tema el que aquí nos ocupa: el del pueblo que da nacimiento a una Iglesia. No son dos cuestiones divergentes, ni siquiera meramente paralelas; pero son distintas. Y aquí se trata



del pueblo que da nacimiento a la Iglesia y en cuanto da nacimiento a la Iglesia, como comunidad de seguidores de Jesús que busca anunciar y realizar el Reino de Dios en la historia (2). Por mucho que esta Iglesia no cobre la plenitud de su realidad más que en el servicio de un pueblo que necesita de una liberación integral, no se confunde con una instancia preponderantemente política, ni siquiera socio-política. Una cosa es que la Iglesia tenga una esencial dimensión política y otra que su ser y actividad se agoten en un quehacer predominantemente político.

Pues bien, este pueblo que para desarrollar su misión política necesita una determinada concienciación y organización, para constituirse en Iglesia necesita nacer del Espíritu. Para él vale también lo que Jesús dijo a Nicodemo: "pues sí, te aseguro que, si uno no nace de nuevo, no podrá gozar del reinado de Dios" (Jo., 3,4), ya que de la carne nace carne, mientras que del Espíritu nace el espíritu. Y este Espíritu ha de recibirse de Jesús, que en el día más solemne de las fiestas, gritaba: "Quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí, que beba", para que de su entraña manen ríos de agua viva (Jo., 7, 38-39). No se trata aquí inmediatamente ni de una referencia sacramental al bautismo como si bastara recibir las aguas bautismales para recibir el Espíritu de que aquí se habla; ni se trata tampoco de inmediato de la recepción de una persona de la Trinidad. Se trata más bien del espíritu de Jesús o del espíritu que se revela en Jesús.

Joachim Jeremias subraya cómo en el tiempo de Jesús, según la convicción de la sinagoga, se había extinguido el Espíritu (3). Ya cuando Israel pecó con el becerro de oro, Dios restringió el Espí-

ritu y el Espíritu llegó a ~~extinguirse~~ con la muerte de los últimos profetas literarios, a causa del pecado ~~de~~ Israel. Con los esenios aparece el Espíritu como algo que posee continuamente la comunidad esenia en su ~~calidad~~ de verdadero pueblo de Dios. En esta ~~idea~~ de la extinción del Espíritu lo que se expresa es la conciencia de la lejanía de Dios. Jesús, en ~~su~~ cambio, afirma expresamente que posee el Espíritu de Dios, aunque sus enemigos le atribuyan un espíritu inmundo (Mc., 3, 28-29). Así lo proclama en Nazaret para garantizar el sentido de su misión (Lc. 4, 18-21) ~~etc.~~ y así lo supone -más que lo expresa- a lo largo de su vida y en su relación con los discípulos.

No es ésta la ocasión de discutir qué es este Espíritu en la palabra y en la vida de Jesús. Desde luego no es inmediatamente ~~lo~~ el Espíritu Santo como segunda persona de la Trinidad; más bien, se ha llegado a la ~~idea~~ del Espíritu Santo por concentración y personalización de todo lo que en la fe y en la ~~praxis existencial~~ praxis cristiana compete al ámbito del espíritu, esto es, de la presencia de Dios entre los hombres tal como se manifiesta en los hechos y palabras de Jesús, pero sobre todo en él mismo. Si la extinción del Espíritu implicaba la lejanía de Dios, la presencia de Dios implica la plenitud del Espíritu. Pero este Espíritu es ahora el Espíritu de Jesús. ¿Qué es este Espíritu?

El Espíritu de Jesús no significa lo que se expresa en expresiones como el espíritu de San Francisco o el espíritu del Renacimiento, esto es, no significa algo así como la mentalidad, el modo propio o el estilo de una persona o de una época. Tiene, por lo menos, dos vertientes fundamentales: una, que se refiere al Dios que Jesús



confiesa como su Padre y otra al modo como Jesús establece su relación con Dios en la realización de su vida y en la praxis de su misión. No puede negarse que en el Nuevo Testamento el Espíritu tiene una cierta exterioridad -bien íntima por cierto- respecto de Jesús, en cuanto Jesús es movido por él, es fortalecido por él, es ungido por él, etc.; pero tampoco puede negarse que esta unción del Espíritu hace que Jesús sea y actúe de un modo determinado, de modo que este ser y actuación son como el sello mismo del Espíritu, su presencia encarnada y vivificante.

Es claro, entonces, que es este Espíritu de Jesús el que se necesita para que el pueblo, del que hemos hablado antes, dé nacimiento a la Iglesia, para que el pueblo se convierta en instrumento de salvación y, consecuentemente, en instrumento de liberación. A su vez, este pueblo, así espiritualizado, es quien mejor puede representar la presencia del Espíritu en el mundo y puede, por consiguiente, convertirse en el resto eclesiástico por antonomasia. Pero esto requiere una correcta visión de esta "espiritualización", que debe ser como la de Jesús y no de otro tipo; por ejemplo, no de tipo esenio, como si fuera posible una comunicación cristiana del Espíritu al margen de toda mediación histórica y de la necesaria presencia en la historia, tal como lo reclama el concepto mismo de Reino de Dios.

En efecto, si por un lado es menester distinguir con firmeza lo que es continuación y ~~pro~~ prolongación de la vida de Jesús de lo que ~~son~~ otras formas legítimas y necesarias de intervención política en la historia, por otro es asimismo necesario dar a la continuación y prolongación de la vida de Jesús todo su imprescindi-



ble realismo histórico y, si se quiere, político. Por lo que toca al primer aspecto hay que distinguir, a su vez, entre lo que es seguimiento de Jesús y sólo de Jesús y lo que es seguimiento proyectado sobre otros terrenos y otros modos de vida que no fueron los de Jesús, ni son su obvia continuación histórica. Es cierto que la historicidad del seguimiento ni debe confundirse con la imitación mecánica ni puede ser ajena a muy concretas encarnaciones históricas; pero no por ello cualquier praxis histórica y política, por muy comprometida que se estime a sí misma en favor de los oprimidos, es sin más -las más de las veces ni siquiera lo pretende- la praxis de Jesús: el compromiso de Jesús es bien peculiar y está señalado inequívocamente en el Nuevo Testamento por lo que se refiere a sus líneas generales y a su "espíritu". Lo que requiere "discernimiento" son las acciones en que ese espíritu debe manifestarse y fortalecerse, pero no el modo fundamental de existencia.

Sin embargo, del mismo modo que se ^{insiste} ~~insiste~~ en esta peculiaridad debe insistirse también en la necesidad de realización histórica, que compete al más estricto seguimiento de Jesús. Y esto conforme a la llamada y al carisma de cada uno o de cada grupo. Tal realización histórica exige de quienes se sienten llamados a predicar y realizar el Reino de Dios exclusivamente al modo de Jesús, que lo hagan en la misma línea y que lo lleven a las mismas consecuencias personales y públicas a las que las llevó Jesús y que a su vez le llevaron a ser asesinado por los poderosos de su tiempo. Exige de quienes se sienten llamados a otro tipo de actividad, siempre en servicio del Reino y con el espíritu de Jesús, pero en otra prolongación, que en ese otro tipo se orienten conforme a lo que pide ese espíritu de Jesús e impulsados realmente por ese espíritu.



Esto implica que Jesús viva realmente dentro de aquellos que dicen seguirle; esto significa que el pueblo debe ser fecundado por el Espíritu para que vaya dando nacimiento a la Iglesia. Ni aquella vida ni esta fecundación deben entenderse "místicamente"; tampoco de un modo puramente recordatorio. Es, más bien, una presencia real y creativa; una prueba de que Jesús sigue vivo en la historia y sigue realizando hasta su consumación la tarea que inició en su etapa histórica; algo que se hace carne y continúa así su creatividad y su eficacia históricas.

La verdad de esta presencia eficaz del Espíritu debe probarse en una serie de signos insustituibles. Jeremias resalta con razón ~~que~~ uno de los más significativos, al comentar el séxtuplo paralelismo de Mt. 11, 5, que enumera las señales del tiempo de salvación; el de que los pobres sean evangelizados (ptoioi euangelidson-tai) con el consiguiente escándalo que esto va a suscitar (4). Si a este escándalo adjuntamos la necesaria persecución que implica el realizar el espíritu de ~~Christo~~ Jesús en la historia, podemos comprender lo que es este signo: el ponerse del lado de los más oprimidos -sea cual ~~fuere~~ su tipo de opresión- tiene que suscitar forzosamente el escándalo y la persecución de los opresores, sobre todo de aquellos opresores que pecan contra la luz -y pecan contra el Espíritu Santo- al no reconocer su pecado de opresión.

Esto nos lleva a dos direcciones fundamentales de ese espíritu: el escándalo de las bienaventuranzas y la lucha por la justicia (5). No es hora de entrar ni en uno ni en otro tema. Pero es menester mencionarlos y mencinnarlos en su estricta unidad. Precisamente el espíritu y la carne de las bienaventuranzas por su preferencia escandalosa en favor de los pobres y de los oprimidos su-




pone una contradicción permanente y efectiva contra los poderes de este mundo; consiguientemente una lucha por la justicia y una persecución inevitable. No hay espíritu de las bienaventuranzas donde no ~~hay~~ contradicción de los opresores y donde no hay persecución por parte de ellos; por otro lado, la contradicción y la persecución estricta y totalmente (los dos adverbios deben tenerse en cuenta a la par) cristiana debe ser aquella que resulta de la puesta en práctica histórica del espíritu de las bienaventuranzas. El que subrayemos y resaltemos el espíritu de las bienaventuranzas no supone el desconocimiento del resto del mensaje -especialmente todo el Sermón de la Montaña- y, sobre ~~todo~~, el resto de la praxis de Jesús, que es desde luego la ~~pau~~ta fundamental para interpretar -y cuando sea preciso para desideologizar- lo que es el verdadero mensaje.

Quando este Espíritu así entendido es el que se ~~haga~~ carne en el pueblo tenemos en plenitud la Iglesia de Cristo, que es por antonomasia una Iglesia de los pobres. Si se me permite una reinterpretación de la bienaventuranza corregida por Mateo, esa Iglesia debe estar formada en su núcleo principal por pobres con espíritu, esto es, por pobres, que siéndolo en el sentido más completo del Nuevo Testamento, vivan del Espíritu de Jesús. La espiritualización de la pobreza no consistiría entonces en la ~~desapa-~~rición real de la pobreza en beneficio de una pobreza idealista sino la realización de esa pobreza plenificada por el espíritu de Jesús. Suele decirse que el pobre, no por el hecho de ser pobre, es santo y agente de salvación, que el pobre también necesita ser salvado y liberado de su propio pecado. Efectivamente es así. Ya ~~le~~ marxismo habla de un pueblo, el más oprimido, que no está

en condiciones de liberar hasta que él mismo se concientice. Pero la concepción cristiana de este tema es mucho más matizada y necesita párrafo aparte.

Frente a la concepción marxista, el Cristianismo atribuye un papel singular a los más necesitados y oprimidos, por poca conciencia que tengan de su opresión y por poco capaces que se encuentren para promover movimientos revolucionarios; en su nuda necesidad y opresión tienen un valor profético y representan una llamada a la verdad de las relaciones entre los hombres, oscurecida y disimulada por una serie compleja de apariencias falsas. Pero no representan ese valor profético en cuanto pueden estar configurados por el pecado histórico del mundo y en cuanto, uno a uno, pueden ser exponentes tanto del pecado histórico como de determinadas tendencias naturales. En cuyo caso más que sujeto primario de la salvación se constituyen tan sólo en destinatarios primeros del esfuerzo salvífico. Mas en cualquier caso siempre contarán con un "despojo" material, que está más próximo al anuncio evangélico de lo que están aquellos que deben "despojarse" para no ahogar la palabra de Dios. Sin embargo, estos despojados en cuanto son llenos del Espíritu y buscan no ~~su~~ su instalación personal en el banquete de este mundo sino la desaparición de las condiciones reales del "despojo" violento, son el verdadero pueblo, que movido por el Espíritu de Cristo, puede llevar adelante la salvación histórica y con ella la liberación.



Esto nos permite subrayar una de las características esenciales del pobre evangélico, visto desde nuestra perspectiva actual. Su elemento esencial no estribaría en la extrema escasez de bie-

nes materiales -aunque en determinadas circunstancias una abundancia relativa de los mismos sería difícilmente conciliable con la perfección cristiana- sino en algo más radical. Pobre sería el que se pone primariamente a favor de los más necesitados y oprimidos para luchar juntamente con ellos en orden a que desaparezcan las condiciones tanto estructurales como personales de su necesidad y de su opresión y que, por lo mismo, se ven perseguidos por quienes son responsables conscientes o inconscientes de esa necesidad y opresión. Si esta posición la toma en seguimiento de Jesús y la vive con el espíritu de Jesús, estamos ante el pobre auténticamente cristiano, que puede anunciar en plenitud el Reino de Dios y que, por tanto, se constituye en Iglesia.

Este es, entonces, el verdadero pueblo de Dios, cuya existencia es indispensable no sólo para que resplandezca la verdad de la plenitud evangélica sino también para que el pueblo de los oprimidos alcance su liberación integral. El cristiano afirma rotundamente que si no se vive el evangelio no puede haber salvación integral en esta vida misma. El aporte cristiano -cada vez más reconocido por más gente- es indispensable para la integral liberación histórica de los hombres; representa una concepción de la vida y una fuerza vital sin las que el mundo no puede alcanzar ni la plena libertad ni la exigible plenitud. Sólo si al mundo de los pobres se le deja vivir la plenitud del cristianismo, sólo si plenifica en sí mismo la presencia del Espíritu, será él mismo un pueblo salvador y podrá aportar a los demás la salvación. Yerran, en consecuencia, los que con prisas políticas no dejan que ese pueblo madure en sí mismo -la mejor tierra evangélica- la semilla cristiana.



Puede que para la liberación histórica sea indispensable que los oprimidos cojan en sus manos la bandera de la historia; es una plausible tesis histórica. Lo que sí es cierto es que, desde un punto de vista cristiano, no puede haber Iglesia de Jesucristo, no puede haber salvación histórica sin que sean sujeto primario de ella el pueblo de los más necesitados, renacido a una nueva vida por la presencia del Espíritu. Y este pueblo, así renacido, contribuirá de un modo incalculable a la liberación histórica de los individuos y de los pueblos.

El tema propuesto por el título del artículo es más amplio y complejo de lo que aquí se ha podido exponer. Pero lo aquí expuesto puede servir de introducción. Tal vez a algunos parezca que se trata de una introducción demasiado "espiritual" y un tanto dualista. No lo creo así. Sólo que aquí por exigencias del tema se han subrayado algunos puntos que pueden pasar inadvertidos a los que del proyecto histórico no les importa más que su realización política. Tal vez una lectura atenta muestre que esta presencia del Espíritu es indispensable para cualquier proyecto histórico plenamente liberador.

Noviembre, 1977



NOTAS

- ? (1) Una de las limitaciones es la de no poder referirme al tema "Jesús y los pobres", que se trata de algún modo en otro artículo de este mismo número de la Revista. Algunas ideas sobre la Iglesia de los pobres pueden verse en, Ellacuría, I., "Notas teológicas sobre religiosidad popular", Fomento Social, 127 (1977) pp. 253-260
- (2) Cfr. Ellacuría, I., "En busca de la cuestión fundamental de la pastoral latinoamericana", Sal Terrae,
- (3) Cfr. Jeremias, J., Teología del Nuevo Testamento, Salamanca, 1974, pp. 97 ss.
- (4) Jeremias, J., l.c., pp. 133 ss.
- ? (5) Precisamente esta misma revista ha dedicado sendos números monográficos al tema de las bienaventuranzas y al de la lucha por el hombre, el primero y el segundo en Marzo de 1977.

